

JORGE WAGENSBERG,  
*Ideas sobre la complejidad del mundo,*  
Barcelona, Tusquets, 1985 (Colección Superínfimos, 3).

Lo menos que se puede decir de este texto de Wagensberg es que es una gran provocación. Una provocación que continúa, y esperemos que será continuada, la de la serie Metatemas de Tusquets que él mismo dirige. Y no está nada mal recibir provocaciones en un momento en que la apatía y el conformismo son el *leit motiv* de la práctica intelectual y en que la mayoría de los, vamos a llamarlos así, debates, se producen en términos defensivos y de securización doctrinal e institucional de los debatientes. En general, asistimos a discusiones militantes y ya se sabe que los debates militantes, desgraciadamente, resultan muy poco sugerentes y provocadores.

Wagensberg quiere provocar el cuestionamiento de algunas cosas falsamente trivializadas como la ciencia, el azar, el arte o la utopía, y lo provoca desde una definición clarísima de su particular *punto de vista* —en el sentido de Saussure, «es el punto de vista el que crea el objeto (de conocimiento)»: la complejidad del mundo.

Tal es la virtud principal del texto. Y lo es en un doble sentido: 1) porque suministra los materiales pertinentes para establecer un debate creativo incluso sobre el punto de vista del que parte, y 2) porque no pretende *adoctrinar*, sino que cada cual elabore su propia doctrina al respecto. Uno puede discrepar de las elaboraciones y conclusiones del autor —de hecho, nosotros discrepamos en bastantes de ellas—, pero no puede pasar del hecho de que el terreno de debate, el campo de juego en que hoy se centran la mayor parte de los problemas del conocimiento, es en el que Wagensberg se mueve.

Resulta muy difícil entrar en una reseña de los contenidos del texto precisamente porque es un texto plagado de contenidos y su priorización, en términos de destacar unos sobre otros, resulta cuando menos tendenciosa. Los científicos podrían hilvanar una lectura de la complejidad altamente

tranquilizadora para sus inquietudes, mientras que otros podrían hilvanar una lectura *a contrario* de la que se desprendiera que, efectivamente, «Dios juega a los dados». En esta tesitura, comentar los contenidos del texto respetando su propuesta pasa indefectiblemente por escribir otro texto. Ha de decirse, no obstante, que el texto de Wagensberg no es un texto ecléctico en el que toda interpretación es posible. La posible trampa no está en el texto sino en su posible reducción o desarticulación, por muy desapasionadamente que se haga.

En resumen, es un texto cuya lectura es de obligado cumplimiento para todo aquel que no se sienta del todo satisfecho con su práctica intelectual. Es un texto que resulta extraordinariamente coherente con una de sus tesis centrales —«el conocimiento combate el miedo»—, aunque naturalmente se presentan pasajes a los que podría aplicarse el principio contrario de que el miedo combate al conocimiento. ¿Cuál es el miedo que aflora puntualmente en el texto de Wagensberg? Pues es un miedo comprensible y deducible de su formación (¿deformación?) de físico. El miedo a perder el reglamento. Parece deducirse del texto, y quizás esto también sea una lectura sesgada, que Wagensberg está dispuesto a perderlo todo excepto el reglamento. De ahí su gran preocupación por axiomatizar sus propuestas. En el fondo, y esto ya es una particular interpretación, late un deseo de legitimar las «otras» formas de conocimiento, las «no científicas», mostrando que su vocación y procedimientos también son susceptibles de una formalización científica. Lo que leído por pasiva es lo mismo que afirmar la superioridad de la ciencia, no sólo en los terrenos del conocimiento operativo sino en todos los terrenos del conocimiento, lo que, si no falso, es por lo menos discutible.

Y ya puestos a criticar, nos gustaría señalar otra discrepancia básica con el texto de Wagensberg. El autor no parece establecer ninguna mediación entre la realidad —el mundo— y los modelos abstractos —científicos o simbólicos— que el hombre utiliza para explicarlo y explicarse su papel en él. Al establecer esta relación biunívoca entre realidad y modelos de explicación está resolviendo, aunque sin decirlo explícitamente, uno de los dilemas básicos que plantea: todos los sucesos son conocibles aunque, transitoriamente y dadas las imperfecciones del método, por el momento no sean conocidos. Pero esto ya es adentrarse en el terreno de un contratexto y cae perfectamente fuera de los objetivos de una reseña que lo que pretende fundamentalmente es que el texto de Wagensberg sea leído y discutido. Porque sinceramente, y discrepancias aparte, creemos que lo merece.

JOSÉ LUIS Crespán Echegoyen